

# Paredes

JC Domínguez



## Capítulo 1

Paredes.

La presión de dos muros gigantescos lo aprisionaba. Estaba atrapado y no había escapatoria. Sabía que su muerte no sería rápida; en este caso había tiempo y la muerte de Osiel sería lenta. Podía sentir los minutos drenándole la vida, mientras que las sombras de la noche nacían y avanzaban.

Cada latido era como si una estaca entrara en su pecho. Justo en el centro de su pecho, donde brotaba un dolor que se esparcía hacia todo su cuerpo. Y aún más que dolerle, lo tenía harto. En el momento en que había resbalado se peló la piel de la mejilla, lijándola contra el cemento raso. Del otro lado, la fricción contra la pared lo dejó sin oreja; pero ésa ya no la sentía, eso era lo de menos. Sentía la piel de las rodillas como si se estuviera quemando; los pies quedaron volteados hacia arriba porque no cupieron, y la posición le impedía acomodar los huesos rotos. Bueno hubiera sido que cayera hasta el final de ese abismo estrecho, así hubiera pisado la tierra y otras serían sus opciones. Pero de la manera como estaba, atorado y suspendido, no tenía salvación.

Perdió por completo la calma cuando recuperó la consciencia, después del accidente. El dolor en el pecho era insoportable. No quería respirar profundo porque pensaba que le explotaría el tórax con un suspiro. No le cabía el aire en los pulmones entre esas dos paredes, y el latir del corazón era una punzada pequeña y cruel, como una aguja moviéndose por dentro.

Lo había despertado un río de orina que le resbalaban hasta meterse en los calcetines. Pensó primero que era la lluvia que le caía y le mojaba el cabello, pero supo que esa agua era otra cuando sintió que le ardía al salir de su cuerpo. Se imaginó la orina roja y ardiente, como lava.

Hacia la dirección en que su mirada quedó, había una ventana. No tenía barrotes. Era sólo el cristal y debía estar a un metro. Era la ventana del cuarto de su madre difunta. Cuando pensó en eso, lloró de rabia. ¿De qué servía ahora una ventana tan amplia y tan bonita si al frente sólo había una pared de concreto? Todo esto había sido por ese edificio de departamentos nuevo. La ventana de su madre se había vuelto un adorno inútil. Antes, desde ahí, podía verse cómo se extendía el monstruo amorfo de una ciudad, la más grande de todas, hacia lo lejos. Alguna vez esa ventana fue la ventana más privilegiada; la ventana desde la que podía verse todas las ventanas del mundo, y ahora sólo había pared y nada más.

Osiel se retorció para avanzar hacia lo que parecía su salvación, pero era tan angosto su margen y estaba tan dañado su cuerpo, que no sólo fue imposible moverse, sino que también despertó el sufrimiento de zonas que hasta el momento habían estado dormidas. Suspiró y le dolieron los pulmones otra vez. Entonces, se lamentó gimiendo de miedo y dolor, cortos susurros que le salían de la garganta, igual que el llanto de un ave que acaba de nacer o que muere.

Lloró de coraje. Lloró y no le importaron los espasmos que trae el llanto, y le dolió de todas las formas, pero lloró con fuerza, y aún con sus pasados cuarenta años, pidió ayuda a su madre muerta, desolado e infantil.

Mejor hubiera sido no haber aventado esa piedra.

Esa mañana había llegado a su límite. No soportó el retumbar de su casa debido a las máquinas aplanadoras y a los martillos demoledores, y a las excavadoras; a los chiflidos de los trabajadores, el zumbar de la soldadura, el eterno vibrar de las vigas gigantes chocando unas contra otras. No conformes con quitarle la hermosa vista ahora y para siempre, le habían robado también el silencio de vivir en la colina.

Por eso subió al techo.

Sin saber exactamente qué era lo que esperaba hacer, se subió a la casa. Estaba mojado allá arriba. También había piedras. Unas que cayeron de la otra pared que había crecido mucho más rápido que las suyas.

Contagiado por la ira de una injusticia contra la que nada podía hacer, Osiel agarró uno de esos terrones de cemento y lo aventó contra el muro. Como un poseído comenzó a arrojar cuanta piedra se encontraba: no reparó en si eran muy chicas o muy grandes. Lo único que hacía era gritar que se callaran y que se fueran a la mierda, que le regresaran lo que le habían quitado. Y en el último intento de tirar una piedra, resbaló. No hubo con qué detenerse en el camino, y cuando quiso agarrarse de algo, sólo la loza mojada y lisa tuvo a su alcance.

Ahora no sabía cuánto tiempo había pasado. Poco a poco dejaba de sentir sus extremidades. Un hormigueo avanzaba desde la punta de sus dedos, y en un momento de delirio pensó que eran ejércitos de hormigas que venía comiéndose sus pies y sus manos. Gritó entonces queriéndolas espantar, y así fue perdiendo fuerzas; luchando contra la muerte que se lo comía desde sus puntas hacia el centro.

Del otro lado las máquinas siguieron trabajando. Hubo trabajadores que pasaron a pocos metros de él, del otro lado de la pared, divididos sólo por el grosor del block, pero no escucharon nada, y siguieron con su trabajo, igual que las máquinas. El mundo continuó sin escuchar el llanto, el débil pillar de un pájaro herido, el débil suspiro.

Las paredes vibran, de pronto, por el ajetreo de la ciudad.